

Ramón Queraltó (1949-2013), la elocuencia del oficio cumplido con celo¹.

José Barrientos Rastrojo²
Universidad de Sevilla (España)

1. La memoria de una figura reconocible.

Desconcierta comprobar cómo la presencia de Ramón Queraltó sigue impregnando sus objetos, sus referencias y las relaciones que quienes quedamos aquí establecemos con sus espacios y sus tiempos. Esta sensación impacta amargamente cuando se contempla el orden vital de su despacho: las dos columnas de libros y revistas a la izquierda; a la derecha, el teléfono junto al bloque de notas de las que hurté algunas para realizar apuntes sobre la revista o alguna beca; al fondo, el ordenador con ese característico problema en la pantalla que la hacía desconectarse de vez en cuando para contrariar y recordar a Ramón que todo no podía estar bajo su control; el perchero que acabó abandonando su utilidad para dotar al lugar de un espíritu *vintage* recóndito. La inquietud acomete cuando del contenido de los cajones emerge aquella grapadora de la que hará acopio algún usurpador, frente al hueco dejado por una de sus plumas estilográficas, pensando en la desoladora blancura de la ausencia de su nombre en su buzón de la Facultad o en la omisión de esa llamada, diligente, recibida poco después de las diez de la noche de algunos domingos para organizar algún asunto de la semana y que avisaba del inicio de una estimulante semana cargada de proyectos nacionales, envíos de la revista, planeamiento de algún proyecto de tesis o, simplemente, programar un almuerzo porque volvieron a llegar

[1] Este trabajo se ha realizado durante nuestra estancia en la Universidad de Cambridge, lugar al que nos animó efusivamente el profesor Queraltó a acudir.

[2] (barrientos@us.es) Profesor Contratado Doctor de la Facultad de Filosofía en la Universidad de Sevilla (Departamento de Metafísica y Corrientes Actuales de la Filosofía, Ética y Filosofía Política). Autor de la última tesis doctoral dirigida por Ramón Queraltó titulada: “Vectores Zambranianos para una Teoría de la Filosofía Aplicada a la Persona”.

las navidades. Ramón había forjado una forma arquetípica predecible en cada uno de sus intercambios, tanto en los de la vida cotidiana, cuando llegaba a la Facultad y lanzaba un práctico y efectivo “¡vámonos!” o un “estoy en mi despacho”, como en los cibernéticos, cuando comenzaba sus *emails* con su “Querido” y finaliza con su característico “un abrazo”³.

Esta figura la construye el subjetivismo deformante de alguien que, en sus dos últimas décadas, primero, fue su alumno, luego, trabajó con él como becario y, finalmente, tuvo la dicha de convertirse en su compañero y amigo. Por el contrario, el impacto de su efigie es recorrida en los discursos de todos aquellos que visitaron sus condiciones apriorísticas existenciales: *sus* espacios y *sus* tiempos. También ellos describen los modos en que supo hacer propias estas condiciones dotándolas de una vida singular, adjetivaciones a las que nunca aspira lo trascendental o aquel que, a diferencia de él, sólo hubiera vagabundead por la existencia sin jalonarla (verbo que aprendí de él) en su misma entraña.

Su rostro hizo mella en las propias instituciones convirtiéndose en parte de su intra y metahistoria. Los más jóvenes, quizás, sólo sepan localizarlo como el profesor que nunca faltaba a sus clases o de quien tuve que leerme parte de su libro; sin embargo, si alguna vez un alumno se preguntara por el origen de la asignatura “Filosofía actual, tecnociencia y sociedad”, por la existencia de una Unidad Asociada al *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*, por las raíces de la primera revista española que analiza las relaciones entre la tecnología y el pensamiento o por quién fue el autor de uno de los clásicos de la contemporaneidad del pensamiento de Bartolomé de las Casas se asombrará de encontrar como respuesta una faz reconocible.

Las líneas que siguen no persigue rescatar la amplia trayectoria de Ramón Queraltó⁴, puesto que, para eso, hay plataformas como el SISIUS o DIALNET, sino erigirse como un modesto pulmón póstumo que permita revivir estampas pulsátiles compartidas con aquel que entendió, orteguianamente, que la filosofía había de responder a los temas nodales de nuestro tiempo.

[3] Locuciones más afectivas, cromáticas y cercanas a la tradición epistolar de antaño que las más contemporáneas, blancas y estereotipadas que usamos otros como “Estimado” o la locución final “saludos”.

[4] A este respecto, hemos elaborado un par de artículos que pueden consultarse, a saber “Fronteras analíticas de la racionalidad social contemporánea” (cfr. Barrientos Rastrojo, J.: “Fronteras analíticas de la racionalidad social contemporánea”, *Sociología y tecnociencia*, 3(2), 2013, pp. 71-88) y “La práctica de la Filosofía Aplicada desde la racionalidad tecnológica del profesor Ramón Queraltó” (cfr. Barrientos Rastrojo, J.: “La práctica de la Filosofía Aplicada desde la racionalidad tecnológica del profesor Ramón Queraltó”, *Estudios filosóficos*, en prensa).

2. La diligencia infatigable.

Si tuviera que destacarse algo de nuestro catedrático, nunca podría evitarse mencionar su pasión meticulosa por todo aquel proyecto que iniciaba.

Algo podíamos intuir sus alumnos cuando, con algo de fastidio ingenuo juvenil, sabíamos que era de esos profesores que recuperaba todas y cada una sus clases. De hecho, en casi cuarenta años de servicio sólo canceló dos clases y por imponderables inevitables. Además de la puntualidad británica con que acometía sus horarios en las aulas, sus contenidos se desarrollaban con la idéntica meridiana limpieza estructural. Así, la disciplina con que escanciaba sus apuntes era proverbial: cada tema contaba con las definiciones y categorías básicas, con los análisis de factores internos y externos que provocaban los cambios en los movimientos histórico-culturales y con breves conclusiones que no pretendían ser muy determinantes pues confiaban en que el alumno llegase a las suyas propias. El orden facilitaba el estudio y evitaba la turbación que se producía en el estudiantado antes del examen de otros profesores más proclives a la perífrasis y al circunloquio difuso y alambicado que, por otra parte, exige otro tipo de aprendizaje. Tan cartesianas eran sus disertaciones que soy capaz de recordar, una década después, cómo se detenía en los factores internos y externos del agotamiento del pensamiento medieval o de los elementos básicos que constituyen su tesis básica de la racionalidad tecnológica.

Para desconuelo de los menos cumplidores, el mismo rigor solicitaba a sus alumnos en exámenes y en cumplimiento de fechas; aunque esto servía como aprendizaje de vida, pues la existencia muelle que demandaban algunos estudiantes no era coherente con lo que luego iban a encontrar fuera de aquellas aulas. Yo mismo sufrí esta circunstancia cuando, en quinto curso, no iba a poder asistir al examen parcial porque tenía que impartir mis primeras clases en una asociación en Madrid. “Puede usted hacer el examen final con toda la materia”, me comunicó. Detrás de esa apariencia puritana, pura fachada, se reveló un corazón compasivo cuando corrigió blandamente mi examen en junio. Sin embargo, dicen que ése es un modelo de buen maestro, rigidez en la forma con una preocupación atenta a cada instante. No obstante, los últimos años sirvieron para relajar sus formas, incluso aceptó trabajos fuera de plazo a algún alumno suspenso con, según él, supuestas dificultades personales.

Ahora bien, su bondad y clemencia compasiva, ¡tantas veces disimulada!, se descubría en las distancias cortas. Acostumbraba a citar la proverbial bondad oculta tras un rostro de seriedad de su amigo fallecido Manuel Pavón, pero la suya no quedaba atrás. A veces, buscó mi apoyo para faltar a su circunspección puritana, puesto que algún autor de *Argumentos de razón técnica* no había cumplido los plazos; en la medida en que en mí sólo encontrara mi silencio desaprobador (¡deslices de la juventud que se cree don Quijote!), se autoconvencía con un “bueno, le daremos un mes” y se justificaba añadiendo “¡pero es la última vez!”.

Me beneficié de esa quiebra de su reciedumbre, ésa que aparecía en las fotos de sus libros de los años ochenta y noventa, en mi propia tesis doctoral. Desde el principio, gocé del beneplácito de plazos largos de entrega y de una apertura de mente a la que me referiré más adelante. Esta actitud no era sinonímica de indolencia, puesto que fue una de las dos primeras personas que leyeron las cerca de mil quinientas páginas de mi tesis doctoral. Actividad heroica donde él salía vencedor cuando aseveraba: “Desde luego, Ana también la ha leído, pero ella es tu novia y te quiere”⁵. Sin embargo, Ramón supo desplegar esta hercúlea actividad lectora metamorfoseando la queja por una organización encomiable: un capítulo cada dos semanas. Tardamos cerca de medio año en darle el *nihil obstat*.

Lo anterior es sólo una muestra de su laboriosidad conjugada con una responsabilidad por el trabajo bien hecho digna de glosar. Recordemos que fundó y dirigió *Argumentos de razón técnica* durante más de una década y media, que consiguió tres proyectos de I+D+i del Ministerio ejecutados a lo largo de la última década de su vida, que coordinó y creó el grupo de investigación “Ciencia, Tecnología, Sociedad y Racionalidad Práctica”, que perteneció al comité de expertos del área “Artes y humanidades” de la ANECA y de la ANEP hasta su fallecimiento, que escribió cerca de una decena de libros, uno de ellos en italiano (la muerte se lo llevó redactando el último) y más de un centenar de artículos, conferencias y ponencias y que obtuvo todos los quinquenios de docencia y todos los sexenios de investigación posibles de acuerdo a su edad. A estos datos, había que sumarle otros menos conocidos: añadió a su licenciatura en Filosofía, la de Ciencias Políticas y Sociología, realizó cursos universitarios de física, lo becaron en más de treinta ocasiones para asistir a congresos internacionales, lo contrataron como evaluador del CONDECYT (Chile), formó parte del equipo de fundadores de la *Sociedad de Lógica, Metodología y Filosofía de la Ciencia*, su nombre y obra se incluyó en el listado de *Hombres y documentos de la filosofía española* en 1998 y su trabajo alcanzó el reconocimiento allende nuestras fronteras en Estados Unidos, Italia, Portugal, México o Brasil⁶. En ese sentido, alumnos procedentes del otro lado del Atlántico vinieron a estudiar su obra; en los últimos años, compartía con un profesor de la Facultad de Química o Biología conversaciones prolijas debido al interés que despertó su racionalidad tecnológica en él e incluso un partido político tuvo en mente en 2011 la idea de aplicar su ética reticular a sus propios principios, al punto de invitarlo a alguna reunión con el fin de articular su inserción en tal campo.

Habiendo conseguido a la precoz edad de treinta y nueve años la cátedra y en un tiempo no tan desquiciado con el *curriculum vitae*, podría haber dado por finalizada su labor investigadora en ese punto. Como él mismo

[5] Tras su muerte, y gracias a los comentarios de las personas cercanas a él, he descubierto que su cariño por mí, era mayor del que entonces podía atribuirle.

[6] Muestra de ello es que en 2012 se planteó generar un proyecto de I+D+i sobre su teoría reticular de evaluación axiológica partiendo la iniciativa de la Universidad Nacional Autónoma de México y de la Universidad Complutense

repetía, “yo ya no estoy en *situación* de merecer”, frase en que distinguía con picardía entre “situación” y “edad”⁷; sin embargo, su eje motriz no pasaba por la necesidad de aumentar su *currículum* sino que su preocupación se incardinaba en ayudar al desarrollo de la sociedad desde las herramientas filosóficas que disponía. Su posición filosófica fue pragmática, no pragmatista, y según él “la posición pragmática aquí defendida es fecunda y que no se trata de una elucubración intelectual”⁸.

Contrariamente a una opinión muy extendida que acostumbra a afirmar acriticamente que la filosofía es un tipo de reflexión demasiano abstracta y alejada de la realidad, defendemos continuamente que la indagación filosófica parte originariamente de datos *empíricos*⁹

De hecho, las filosofías que pasarían el filtro de la historia serían aquellas que cumplieran los siguientes requisitos:

i) que han abordado por derecho los problemas de su tiempo histórico propio; ii) que los han analizado con rigor lógico y argumentativo ejemplar; iii) que han desembocado finalmente en propuestas hermenéuticas con sentido sobre el hombre y su mundo; y iv) las cuales han ayudado al hombre a profundizar –y, a veces, a satisfacer– la necesidad existencial humana básica: saber a qué atenerse respecto de su vida y su entorno histórico y cultural¹⁰

Sus desvelos por introducir principios de racionalidad que ayudasen para la comprensión y, eventualmente, solución de conflictos rivalizaban con las noticias sobre los desmanes de aquellos grupos que no confiaban en la razón. Esto y la progresión de las tendencias neoliberales antihumanistas que rozaban la institución universitaria le causaban cierto desconsuelo en los últimos años: dos meses antes de fallecer, me reunía con él en su piso del barrio del Porvenir y, después de despachar asuntos oficiales, comenzamos una conversación sobre el asunto en que concluía “ésta no es la universidad en la que crecí y en la que impartí clases”. Yo le respondí que lo interesante era asumir los nuevos retos de la sociedad sabiendo mantener el auténtico carácter filosófico. Mostró aquiescencia, pero añadió que éramos los jóvenes quienes habíamos de enfrentar ese nuevo “toro”, con la Filosofía Aplicada o por otros medios flexivos. Ciertamente, los lamentos de aquella tarde no podían tomarse como

[7] La edad era otra cosa: él siempre se sintió en forma física suficiente para asumir retos académicos de envergadura, a diferencia de compañeros de su edad de los que se lamentaba al conocer sus jubilaciones anticipadas.

[8] Queraltó Moreno, R.: *Ética, tecnología y valores en la sociedad global. El Caballo de Troya al revés*, Tecnos, Madrid, 2003, p. 287.

[9] Queraltó Moreno, R.: “Mentalidad contemporánea y filosofía aplicada: razones pragmáticas para la estrategia de Ulises” en Barrientos Rastrojo, J. (ed.): *Filosofía aplicada a la persona y a grupos*, DOSS, Sevilla, 2008, p. 17.

[10] Queraltó Moreno, R.: “Mentalidad contemporánea y filosofía aplicada” en Barrientos Rastrojo, J. (ed.): *Filosofía Aplicada a la Persona y a grupos*, DOSS, Sevilla, 2008, p. 18.

un cambio determinante en su vida, no vaticinaba una jubilación anticipada o una derrota ante las circunstancias. Su auténtico espíritu se conocía siguiendo el proverbio bíblico “por sus obras, los conoceréis”: ¿acaso no lideró con un profesor de Madrid la solicitud de un proyecto de investigación que manifestaba una inquietud radicalmente innovadora centrada en el ciberespacio el mismo mes de su deceso?, ¿no había escrito la introducción a un nuevo libro sobre la ética de la felicidad en la sociedad tecnológica semanas antes de morir?, ¿no codificaría una tesis doctoral (defendida mes y medio después de su fallecimiento) sobre el trabajo filosófico en pacientes crónicos y en enfermos terminales y otra sobre las implicaciones de la reflexión en la cárcel poco antes de fallecer?, ¿no nos había ayudado a la elaboración de una solicitud de beca FPU a una alumna y a mí, siendo el auténtico destructor de nuestros miedos a la hora de pedirla y animándonos a ir adelante con ella?, ¿no nos habíamos reunido la misma semana en que se produjo su lamentable pérdida con el fin de empezar a enviar los ejemplares de *Argumentos de razón técnica* a los principales índices, bibliotecas y autores? Ésta era la palabra que había que creer de Ramón, la acción y empeño sin desaliento.

Siempre pensé que la muerte le tomaría con varios proyectos entre manos y así fue. De hecho, él lo repetía como un canto antisistema de primer orden: “Yo no pienso irme por mi propia voluntad. A mí, me tendrán que echar de la Facultad”. Yo me imaginaba junto a él, en edad proveyta, acompañándolo por los pasillos y preguntándole qué iba a hacer a partir de entonces (porque estaba seguro iba a seguir en funcionamiento). Desgraciadamente, la esperanza no nos hace, de la vida, sus dueños.

3. La cordura organizativa y metódica.

Diversas personas han elogiado la capacidad analítica de Ramón. Confieso que junto a esta alabanza, citada en relación a los apuntes de clase que atesoro, siempre me causó admiración la capacidad de organización que poseía para estructurar su vida.

Como buen filósofo, se hizo consciente cabalmente de sus posibilidades y de sus limitaciones. Aquellos que hemos funcionado como caballos desbocados en el campo del trabajo, esto es, que hemos sabido cuando comenzábamos la tarea pero no poníamos hora para finalizar la labor, que olvidábamos la hora del almuerzo o de la cena si nos encontrábamos en medio de la realización de un artículo o de la organización de un evento, envidiamos a aquellos que saben separar los tiempos de faena del descanso. A su lado, se sabía que a las doce de la mañana le bajaba el azúcar y, por tanto, había que detener lo que se tuviera entre manos, que a las dos de la tarde había que marcharse a almorzar y que las tardes eran tiempo para la lectura, la redacción, la corrección de exámenes, pero también, cuando era el caso, para ir a escuchar una ópera al Teatro de la Maestranza, para ver una represen-

tación de danza en el Teatro Villamarta de Jerez de la Frontera o para discutir, impartir o escuchar una conferencia en el Ateneo de Sevilla. Nótese bien que no se instala aquí un sibaritismo de índole burguesa, como puede inferirse del encomio que dedicaba a su ocupación laboral, sino a una codiciable prudencia existencial que lo prevenía de caer enfermo psíquica o físicamente.

Por supuesto, hay que aplicarse en la investigación y el estudio, pero había aprendido de su maestro, Don Jesús Arellano, una lección importante: “Ramón, llega un momento del día en que has de parar, pues si no te detienes empezarás a cometer errores y el esfuerzo no habrá merecido la pena”. Él aplicaba la máxima con docilidad y llegaba el instante en la mañana en que, inicialmente, con pereza por tener que realizar una pausa obligada y, con agrado, cuando aprendí el valor de la lección en mi propio cuerpo, nos íbamos al bar de Álvaro a compartir él su tradicional café y un dulce (“una bizcochito o una magdalena”) y yo mi irreverente zumo de melocotón o análogo y a finalizar el asunto con un cigarro en los exteriores de la Facultad; después, diligentemente, volvíamos a lo que dejamos a medio finalizar.

Además, gestionaba sus citas con mano experta. Nunca imponía una fecha sino que analizaba varias posibilidades y acababa ajustándola a los intereses de todos los afectados, tal sucedía cuando nos reuníamos a mitad de agosto, en los escasos días que pasaba en Sevilla y mediaba entre su viaje a Suiza y el de Rota, o en las reuniones del proyecto de investigación de Madrid.

Su cordura unida a su laboriosidad permitía que ocuparse en quehaceres con él rindiese una sensación de eficacia y utilidad que no es fácil percibir en nuestra sociedad. Él orquestaba con batuta firme, pero no impositiva y con resultados operativos materiales claros. Me honra saber que él también valoraba esa característica en mí: uno de sus libros me lo firmó con un “Para Pepe Barrientos, trabajador infatigable...”; durante el almuerzo en que festejamos con mi familia algún evento que ahora no recuerdo, enfatizó satisfecho en varias ocasiones ese aspecto y aseveraba orgulloso que, en unas semanas, yo compartiría mesa con uno de los más grandes filósofos del mundo, Peter Singer; un año antes de morir me animaba a buscar alguien *como yo* para trabajar conmigo y sólo días antes me incitaba, confiado en mis capacidades, a recorrer mi propio camino investigador allende sus intereses, sin importante las consecuencias. ¡Ay, duro es recuperar la vista cuando quien deseamos ver ya marchó!

Su exquisita organización impedía que agotásemos las fechas de las convocatorias (“porque el último día los sistemas informáticos se colapsan siempre”), a que no se generase angustia motivada por una procrastinación injustificada, a que cumpliésemos los plazos con una clara diferenciación de funciones y, en definitiva, a que jamás me apercibiese de encontrarme produciendo *para* él sino *con* él. Nunca estuve en actividad alguna en la que yo no constase documentalmente como ejecutor de mi trabajo: fui secretario adjunto de *Argumentos de razón técnica* desde el primer número en que participé, investigador de todos

los proyectos en que él constó como investigador principal, me invitó a impartir una conferencia en su grupo de investigación (a pesar de que yo pertenecía a otro grupo, debido a que mi línea de investigación no era totalmente acorde a la suya) y tengo la dicha de testificar que la explotación que otros becarios señalan haber padecido con sus directores de tesis me parecía algo extraño y foráneo.

4. Apertura de mente académica.

Otra singularidad consistía en su capacidad de apertura, notable en lo referente a teorías académicas, relacionado con su planteamiento perspectivista acerca de la verdad (ésta aparecía como un poliedro con diversas caras y la posesión de una no aseguraba la tenencia de la figura geométrica íntegra). Esta premisa signó uno de nuestros primeros encuentros significativos fuera del aula del que conservo memoria. Almorzaba con un compañero que iniciaba su tesis doctoral sobre el pensamiento de Heidegger, mientras yo cursaba mi segundo año oficial en la facultad. Cuando íbamos a atacar el segundo plato, él llegó acompañado de una alumna y se sentó en una mesa junto a la nuestra. No recuerdo qué le preguntó mi amigo, pero se inició una conversación sobre pensamiento contemporáneo. Permanecí en silencio, apenas iniciaba mi andadura por la Universidad de Sevilla, pero, sin saber cómo, repentinamente, estaba dentro de la discusión. En un momento dado, apunté que su teoría gozaba de demasiados tintes racionalistas a mi parecer y agregué que podría haber otros modos de acceso a la realidad como los poéticos o los místicos. Se detuvo, esperó un instante mirando al infinito: “tienes razón, pero ese camino no es el mío. Otro deberá indagarlo”. No hubo ninguna intención por su parte en lanzarme algún reto ni que yo lo asumiera como tal; sin embargo, ¿asuntos del inconsciente?, esa fue la vía que siguió mi tesis doctoral. De hecho, cuando me propuso que presentásemos algún proyecto para solicitar una beca del *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*, consideré si seguir su vía más conceptual y analítica o continuar mi vía alternativa. Mi propuesta, finalmente, sería antitética a la base de su filosofía. No sólo la asumió de buen grado sino que me animó en todo momento a llevarla adelante. Con la perspectiva que da el tiempo, resulta insoslayable sorprenderse ante la decisión de que un popperiano de base orteguiana acepte a un doctorando zambraniano de corte poético-anagógico y simbolista, máxime cuando, como hemos apuntado arriba, él ya no estaba en situación de merecer y podría haberse negado a dirigir mi tesis o haberme propuesto una solución de compromiso.

¿Por qué aceptó mi proposición? Mi hipótesis se basa en que él poseía más adherencia formal a la filosofía que material: conocía la misión del acto reflexivo en la sociedad contemporánea, pero su pragmatidad le conducía a aceptar una variedad de caminos materiales diversos para alcanzar tal meta. Para realizar una buena tesis, no era imprescindible abanderar una corriente filosófica particular sino hacerlo con rigor y con compromiso, aun cuando ésta no conciliase con

el modelo racional del propio director de tesis. Ahora bien, las metodologías habituales de la Filosofía Aplicada eran acordes a su propia teoría axiológica¹¹. La modalidad lógico-argumental de esta disciplina busca resolver¹² y analizar conflictos utilizando un tramado de índole retórico, lógico y dialéctico a la que se suman metodologías que se alimentan de la teoría de la argumentación. Esto era coherente con sus modelos, al punto de que el *Refined Subjective Value Procedure* de Tim Lebon, David Arnau y Antonia Macaro, orientadores filosóficos de Inglaterra, perseguían realizar una selección de valores de modo racional, idéntico objetivo al tramado ético expuesto en *La estrategia de Ulises*. En diversas ocasiones, le animé a que realizase una concreción de sus bases epistémicas al ámbito de consulta y al grupal; aunque le quedé pendiente hemos intentado cerrar esta herida abierta en un artículo reciente¹³.

Por otro lado, su filosofía buscó dar cuenta del “tema de nuestro tiempo”. Para él, ese tema fue la tecnología; no obstante, asumía que la Filosofía Aplicada podía ayudar a los sujetos y grupos a fomentar la reflexión racional de sus cuitas existenciales. Aún recuerdo cuando, durante una de las reuniones de la Asociación X-XI (allá por el 2002) y tras resumirse la acción del orientador filosófico de acuerdo con el grupo ETOR, destacó que eso que se proponía coincidía con lo que él hacía en sus tutorías desde hacía varios lustros. En múltiples ocasiones, me repitió que él confiaba en la Filosofía Aplicada no sólo por adherencias personales a mí, sino porque estaba firmemente convencido de su valor para la sociedad actual.

Su apertura mental era coherente con el aperturismo epistémico y sociológico de Popper y con una metamodernidad prudente: asumía como válida la verdad más justificada hasta no se demostrase otra con mayor fuerza argumental. Durante una sesión en el CSIC, le indicaron que el criterio “más-menos” de su último libro conciliaba con la razón acotada, que trabajaba el equipo del profesor Javier Echeverría. Él pidió clarificación de tal modelo de racionalidad y mostró aquiescencia: “Tenéis razón, me parece que existen puntos en común destacables, que aprovecharé para el próximo libro que estoy escribiendo”.

Un último dato de su apertura consiste en la experiencia de que ninguno de quienes estábamos cercanos a él éramos ajenos a una práctica común:

[11] Hemos desarrollado esto en “La práctica de la Filosofía Aplicada desde la racionalidad tecnológica del profesor Ramón Queraltó” (cfr. Barrientos Rastrojo, J.: “La práctica de la Filosofía Aplicada desde la racionalidad tecnológica del profesor Ramón Queraltó”, *Estudios filosóficos*, en prensa).

[12] Destáquese que este lineamiento no coincide con el que nosotros seguimos, puesto que, consideramos, la Filosofía ha de ser un medio de analítica social, de optimización de un conocimiento transformador antes que un proceso de socialización. Por ello, mantenemos que su objetivo no es la resolución de conflictos sino la optimización del acto de pensamiento y su resultado se cifran en la profundización y, a lo sumo, la disolución de cuestiones problemáticas.

[13] Cfr. Barrientos Rastrojo, J.: “La práctica de la Filosofía Aplicada desde la racionalidad tecnológica del profesor Ramón Queraltó”, *Estudios filosóficos*, en prensa).

nos enviaba capítulos de sus últimos libros o los documentos de sus proyectos de investigación. Entre los beneficiarios de tal distinción no sólo se encontraban profesores sino también alumnos. Incluso, sabedor de la deformación que las emociones personales pueden provocar, me pidió, en los últimos años, que le ayudase a valorar objetivamente el contenido de un email personal con el fin de no errar.

Quienes lo conocimos aprendimos de él la prudencia de ser conscientes de que no se puede acaparar toda la verdad académicamente, por lo que, en ocasiones, la mejor forma de no equivocarse (y de aprender) depende del silencio propio y de aceptar con afabilidad la crítica y la corrección.

5. Estrategia con la administración.

Una de las razones del éxito académico de nuestro compañero fue su capacidad para relacionarse con la administración.

En primer lugar, una gran perspicacia refinada durante décadas le habilitaba para discernir con rapidez y seguridad sobre los proyectos a que debía prestarle atención. Sabía alcanzar las secciones cruciales de las normativas y dictaminar si merecía la pena aprestar armas o aceptar una retirada antes que la pérdida de tiempo o una derrota segura. Las fuerzas y los tiempos eran limitados por lo que destinaba todos los disponibles a aquellos que rendían los máximos resultados y que ofrecían posibilidad de consecución. Ramón sabía elegir a sus socios académicos y, aquí, se mostraba insobornable. Esta actitud no conducía a un egoísmo sólo marcado por la potencia curricular de quien seleccionaba sino a una estrategia hábilmente diseñada que permitía, en un segundo momento, integrar a aquellos que, inicialmente, no eran adecuados para lograr el proyecto anhelado.

En segundo lugar, poseía una red nutrida de contactos que le ayudaban a tomar el pulso a la evaluación institucional de cada año. Hasta donde sé, nunca recibió un proyecto por amistad sino por los méritos inherentes a su propuesta; sin embargo, sabía superar ciertos obstáculos manejando con habilidad ciertos conceptos en los proyectos y obviando otros, recorriendo unos senderos y deteniéndose en otros.

En tercer lugar, no era una persona beligerante. Sin duda, se desesperaba con la administración en algunas ocasiones, pero la violencia nunca le pareció una decisión práctica. Esto lo exponía en la teoría y lo concretaba en la práctica. En quinto curso de la licenciatura de filosofía, explicando que todo ser humano tiende a la felicidad en cada uno de sus actos, uno de mis compañeros le preguntó si acaso el asesino de una mujer no sentía cierta satisfacción por matar a su esposa, es decir, si no se justificaba así la búsqueda de la violencia por la felicidad. Él se opuso con rotundidad. Antes de que pudiera justificarse, continuó el joven inquiriendo por el sentido de su acto homicida. Esperó a

que acabase y redarguyó apuntando que eso sólo provocaba sufrimiento como demostraban los innumerables suicidios que seguían a la muerte de la mujer o a los estados de postración que seguían y a los remordimientos sufriendo la pena. Por otra parte, durante los Consejos de Departamento, intentaba no crear conflictos; por el contrario, intentó mediar en muchos de ellos. Siempre procuró no estar en muchas plazas de profesores para evitar la violencia que se generaba en muchas de ellas y cuando estuvo aspiró a la justicia. Años después de conocerle, coincidí con un profesor de universidad, cuyo nombre obviaremos por privacidad, quien, tras conocer que mi director de tesis era Ramón, me felicitó porque durante su plaza fue el único que defendió sus méritos a pesar de que éstos eran superiores a los de su contrincante, que era el perteneciente al departamento donde se proponía la plaza.

6. Humildad contra el egocentrismo narcisista de crear escuela.

Cuando una persona ha creado una teoría durante décadas, es comprensible que desee crear escuela, espera que su inmortalidad se cumpla en sus discípulos. Así, no es extraño encontrar profesores que abandonan a aquéllos que no siguen sus dictados. Ramón nunca manifestó este deseo narcisista y mesiánico.

Ciertamente, los alumnos sabíamos que una parte de sus obras eran materia de examen. Esto se justificaba porque entroncaba con algunos bloques de la materia que se explicaba en clase. Al fin y al cabo, el contenido de algunas asignaturas dependía de sus propias investigaciones presentes y pasadas. Ahora bien, acabada la asignatura, no obligaba al estudiante a seguir sus estelas: recuérdese que nuestro tema de tesis distaba de sus planteamientos y su grupo de investigación lo componían hermeneutas, fenomenólogos o especialistas en humanidades o en filosofía de la cultura.

A pesar de esto, hubo interesados prominentes en sus teorías, algunos de los cuales ya hemos citado, e investigadores extranjeros que llegaron a proponerle ser objeto de un proyecto de ética reticular. Él, con la prudencia y agudeza administrativa que le caracterizada, aceptó el desafío siempre y cuando fuese otro el adalid de tamaño empeño. Así, en el momento cumbre, decidía apartarse a la periferia para seguir haciendo aquello que le apasionaba: investigar y estudiar.

7. Conclusión: ¿cómo honrar a un amigo y compañero?

Honrar la memoria de alguien cada día implica actualizar en la propia vida aquello que hemos aprendido de él; de ese modo, su ser permanecerá de algún modo en este mundo. Ahora bien, tal tarea precisa que ese sujeto haya poseído una figura. Afortunadamente, Ramón Queraltó poseyó una con caracteres muy expresivos.

Honrar la memoria de un amigo conlleva una tarea ética de primer orden. Nos obliga a hacer brillar sus virtudes, que no sabemos si tendremos entereza para emular, con el fin de provocar la pregunta en los demás acerca de aquello que ven en nosotros de valía, conseguir que esos jóvenes nos cuestionen por el origen de los propios valores y responderles que nada depende de nosotros sino de los gigantes que nos precedieron.

Ahora bien, honrar la memoria de un amigo no es repetir punto por punto sus pasos sino capturar el espíritu con la que quien nos dejó físicamente apuntó a un más allá de autenticidad y con ello se eternizó. No consiste en seguir su mismo campo de estudio sino ser fiel a su laboriosidad, no en convertirse en un burdo plagiarlo de sus propias teorías sino aprehender su esencia para ampliarlas y dar los pasos que él hubiera transitado si nos acompañase hoy.

Así, nuestro objetivo ha de radicar en enaltecer lo ontológico, el ser de esa persona, antes que sus ideas; distinguir la particular apertura al ser que cosechase con su modo de darse en lo real. Los libros de Ramón podrán seguirse leyendo y sus artículos consultándose, algunos criticarán sus teorías y el diálogo será difícil o impracticable sin sus respuestas. Eso será parte de su rostro, pero esa faz pertenece al personaje antes que a la persona; nuestro cometido aquí es honrar a una persona antes que a una huella o a una sombra y, a tal fin, aunque las palabras y las citas carezcan de la elocuencia pretendida, a veces, nos recordarán con ardiente dolor quién nos marcó con calibre dorado: “Muere si hay que morir, pero no consientas en convertirte en un agente pasivo de tu propia miseria”¹⁴.

¿Cómo honrar a un amigo y compañero? Probablemente, respondiendo al alumno después de su pregunta con un “Déjame explicarte quien me enseñó el significado del oficio cumplido con celo”.

[14] Guisán, E., *Manifiesto hedonista*, Anthopos, Barcelona, 1990, p. 19.